



Friedrich Torberg

# MÍA ES LA VENGANZA

Traducción de Lidia Álvarez Grifoll



En una brumosa mañana de noviembre de 1940, un hombre espera en el muelle de Nueva Jersey la llegada de unos amigos procedentes de Europa. En más de una ocasión su mirada se detiene en la figura frágil y encorvada de un extranjero que arrastra inquieto su pierna izquierda por la sala de espera y el muelle. Cuando el hombre le pregunta a quién espera, el extranjero le responde que son muchos, exactamente setenta y cinco, aquellos que deberían llegar. Y sin embargo, nunca llega nadie. Luego, en una larga conversación, el extranjero evoca con todo detalle el estremecedor recuerdo de lo sucedido años atrás en el campo de concentración de Heidenburg, cerca de la frontera holandesa, y el dilema planteado entre los judíos allí encerrados: Abandonar toda resistencia y conceder la venganza a Dios, o morir ejecutando al verdugo. *Mía es la venganza*, perturbador y lúcido relato publicado por primera vez en 1943 durante el exilio de su autor en Estados Unidos e inédito hasta ahora en español, es considerado la obra maestra de Friedrich Torberg, y una de las primeras narraciones del Holocausto. La presente edición también incluye el relato *El regreso del Golem*.

Título original: *Golems Wiederkehr und andere Erzählungen*  
*Mein ist die Rache* fue publicado originalmente en 1943.  
*Golems Wiederkehr* fue publicado originalmente en 1968 por S. Fischer  
Verlag.

Sajalín editores, 2011  
C/ Vilafranca, 44 – 08024 Barcelona  
Corrección del texto digital: JC dl RG

---

**Edición digital: © Carlosgraphic**

---

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico  
sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

# MÍA ES LA VENGANZA

Aquel día brumoso de noviembre del año 1940 era la cuarta vez que esperaba la llegada de amigos de Europa en el muelle de Nueva Jersey. Y por cuarta vez me fijé en la figura magra y encorvada de un hombre de unos cuarenta años que vagaba inquieto por el vestíbulo de recepción, arriba y abajo sin descanso, aunque caminar no debía de resultarle fácil: arrastraba claramente la pierna izquierda. Iba con la cabeza descubierta, vestía un viejo raglán de inconfundible corte europeo y el hecho de que llevara la precaria vestimenta tan pulcra y limpia, y el rostro enflaquecido, afeitado con tanto esmero, remarcaba aún más la pobreza de su aspecto. Sin embargo, no me habría atrevido a ofrecerle dinero o ayuda, ni siquiera compasión. Por sencillo que fuera –siempre que yo entraba en el vestíbulo, él ya estaba allí y después continuaba junto al desembarcadero aunque hiciera rato que ya no llegaban pasajeros–, todavía no me había atrevido nunca a entablar conversación con él.

En esa ocasión, surgió una oportunidad casi ineludible; los amigos que acababan de llegar tenían que arreglar una serie de formalidades cuya tramitación duraría horas y, justo cuando me disponía a irme, pasó lentamente por mi lado viniendo del embarcadero.

–Disculpe –dije–. Lo veo a menudo por aquí, en el muelle. ¿Espera a alguien en concreto?

Dio un paso más y arrastró la pierna derecha antes de detenerse y volverse fatigosamente hacia mí.

–¿A alguien en concreto? –preguntó pensativo, y bajó la cabeza; incluso me pareció que cerraba los ojos, pero luego me di cuenta de que el párpado del ojo derecho le col-

gaba más que el del izquierdo—. A alguien en concreto – murmuró otra vez—. No. ¿Por qué?

–Pensaba... Como siempre se marcha solo...

–Sí –asintió—. Siempre. –Y el amago de una sonrisa se perfiló con esfuerzo y dolor en su semblante demacrado al añadir–: Y eso que sería *tan* fácil.

Entonces se dispuso a irse renqueando.

–¿Puedo preguntarle qué quería decir? –Me había acercado a él y caminaba lentamente a su lado.

–Tan fácil –repitió para sus adentros, como si no hubiera oído mi pregunta—. Hay donde elegir... Quiero decir que... ¿Por qué me ha preguntado si esperaba a alguien en concreto? ¿O sea a *una* persona, o a dos, o a tres?

Me miró de soslayo, como para asegurarse de que ese era el sentido de mi pregunta. Yo asentí.

–Pero yo espero a setenta y cinco –prosiguió—. Setenta y cinco. Y ninguno viene. Y siempre tengo que marcharme solo.

Lo que dijo no sonó en absoluto increíble o extraño. Sonó terriblemente obvio.

–¿Puedo ayudarle de alguna manera? –pregunté (entonces, sí).

–¿Ayudarme? –Hundió la cabeza entre los hombros y respiró hondo—. ¿Estuvo en el campo de concentración de Heidenburg?

–No –contesté.

–¿Conoce a alguien que haya estado en el campo de concentración de Heidenburg?

–No, que yo sepa.

–Entonces, no puede ayudarme. –Y meneó la cabeza de un modo tan concluyente que me detuve involuntariamente. Él no se dio cuenta, siguió caminando hacia la salida, ahora un poco más deprisa.

Lo alcancé con un par de zancadas.

–Tengo que volver dentro de dos horas. ¿Le molestaría hacerme compañía hasta entonces?

Levantó la vista y su semblante volvió a esforzarse por perfilar aquella sonrisa pálida.

—¿Molestarme? No —dijo—. Oh, no. En absoluto. Por favor.

Cruzamos la calle y me detuve delante de una de las pequeñas cantinas que se alineaban detrás del muelle.

—A usted también le gustaría saberlo, ¿verdad? —Su mirada y su voz se dirigían al vacío.

—¿Saber qué? —pregunté.

—Por qué espero en vano, ¿no es cierto? —Y de repente se paró, agachó la cabeza y su voz murmuró—: Pero ni yo mismo lo sé. Y quiero saberlo. Quiero saberlo de una vez.

Lo cogí con delicadeza del brazo y le hice cruzar la puerta del pequeño bar delante del que nos habíamos parado.

—Si le causa molestias o le resulta desagradable, no tiene por qué contarme nada. Tomaremos algo y nos iremos.

—Molestias —murmuró—. Desagradable. Qué expresiones tan irrisorias... No, no me molesta. Incluso conviene que de vez en cuando lo rememore todo en voz alta. Todo.

Me había sentado frente a él y había pedido las bebidas.

—¡Pero se lo advierto! —dijo de pronto—. No es una historia que se explica para pasar el rato y se escucha para pasar el rato.

—Tampoco lo esperaba.

Mi respuesta pareció satisfacerle. Asintió.

—No obstante, intentaré contarle mi historia con mucho cuidado. Y tal vez no *mi* historia, eso sería demasiado. Le contaré la historia del campo de concentración de Heidenburg y, de mi historia, solo lo imprescindible. Lo justo para que no me tome por loco. Lo justo.

Reproduzco su narración tan fielmente como puedo y tan ininterrumpidamente como lo dejé hablar. Tampoco lo interrumpí cuando hacía pausas y callaba ni cuando su mirada se perdía en la neblina crepuscular de la pequeña cantina y en la tarde nublada, en la que los camiones retumbaban por la calle y a lo lejos, en el gran océano gris, aullaban mortecinas las bocinas de niebla y las sirenas de los barcos.

El campo de concentración de Heidenburg estaba cerca de la frontera holandesa, en uno de esos lugares desiertos y retirados donde los parajes pantanosos y boscosos se van entrelazando y luego se vuelven pedregosos. Era un campo pequeño y poco conocido, cuyos internos –quinientos a lo sumo– trabajaban en los pantanos y en la cantera, y del que, por lo demás, solo se sabía que no era «tan malo». Tal vez le suene grotesco: un campo de concentración que no es «tan malo». Bueno, incluso en el infierno, cuando uno está dentro, hay categorías. Y en la época en que me arrestaron a mí se daba por seguro que, por ejemplo, «uno de Dachau» era alguien favorecido por el destino frente a «uno de Buchenwald»... Y si a uno lo enviaban a Heidenburg, podía considerarse dichoso. Así de extrañas son las formas que puede adoptar la dicha.

Quizás fue precisamente esa fama improcedente, incluso vergonzosa para un campo de concentración, lo que provocó que enviaran al jefe de grupo de la SS Hermann Wagenseil a Heidenburg como nuevo comandante del campo. Quizás, también, su traslado a aquel puesto apartado fue una especie de castigo. No lo sé y da lo mismo. En cualquier caso, las condiciones en el campo cambiaron de manera inmediata y radical con su llegada.

Fue el propio Wagenseil quien nos leyó la orden del día que anunciaba el nuevo reglamento del campo. La jornada de trabajo se alargaría, los descansos para las comidas y las horas de dormir se acortarían, las ya escasas libertades se limitaban aún más, las concesiones, ya difícilmente alcanzables, se hacían aún más inaccesibles... Y llegaba al extremo de que hasta la privación total podía estar prevista como castigo. Había castigos por todo, por lo más mínimo, por cosas que hasta entonces ni siquiera habíamos considerado. Wagenseil las consideró. Había elaborado una lista de posibles infracciones junto con el castigo correspondiente,



y nos leyó esa lista muy atentamente, ladeando ligeramente la cabeza como si mientras la leía todavía pensara si no se había olvidado de nada. Al parecer, no se había olvidado de nada y quedó satisfecho.

Si hubiéramos prestado más atención, nos habríamos dado cuenta de que aquel ingenioso y refinado sistema de sanciones no preveía ni un solo castigo colectivo. En todos los campos de concentración, y hasta entonces también en Heidenburg, era algo muy habitual que por la infracción de una sola persona tuviera que pagar todo el grupo al que pertenecía, o todo el campo por la infracción de un grupo. Wagenseil renunció a ese tipo de castigo. Porque compartir el sufrimiento es tan bueno como compartir cualquier cosa, fortalece y consuela... Y Wagenseil quería privarnos incluso del más débil de los fortalecimientos, incluso del más desconsolador de los consuelos. Desmoralizaba nuestro sufrimiento. Aislaba. Dividía. Era un *gourmet* y no un glotón. Pronto lo notaríamos con mucha más exactitud. Pero, de hecho, ya podríamos haberlo notado en ese primer orden del día y en esa lista de castigos.

Cuando digo «nosotros», me refiero aún a todos los prisioneros, que aquel primer día del régimen de Wagenseil todavía eran un conjunto. Al día siguiente ya no lo eran: una nueva orden de Wagenseil había separado a los internos judíos y les había adjudicado un «barracón de los judíos» propio. También eso entrañaba una malicia especial, un manjar lobuno: eso, que no decretara esa disposición hasta el segundo día, como si se le hubiera ocurrido posteriormente y como un mero apéndice. Pero no era una continuación, sino un inicio. Y no era un apéndice, sino el texto principal. A veces, incluso creo que solo había ido a Heidenburg por eso. Sí... apuesto a que ocurrió así; que todo lo que nos hizo aquel demonio no era más que el cumplimiento de una resolución previa de la que, de todos modos, nosotros no habríamos podido cambiar nada. Noso-

tros: a partir de ahora, con eso me refiero únicamente a los prisioneros judíos.

En esa época éramos exactamente ochenta de un total de algo más de cuatrocientos. El barracón que Wagenseil nos había asignado era el peor del campo, un tinglado de madera estrecho, oscuro y con corrientes de aire, donde nunca se habían alojado más de cuarenta personas. Que de repente tuviera que albergar al doble, nos pareció una tarea imposible. Pasamos horas probando así y asá, cada vez más desesperados porque se acercaba la hora de la llamada para el recuento de la tarde y tendríamos que notificar que el traslado se había completado. Por fin, aprovechando cualquier rincón, habíamos encastrado exactamente sesenta plazas para dormir entre el tejado de madera a dos aguas y el suelo de tierra apisonada, hombre junto a hombre; incluso se aprovechó la estatura de algunos, de manera que cuatro hombres menudos se colocaran uno junto a otro y un quinto se estirara a sus pies; pero no sirvió de nada. Continuaban siendo solo sesenta los que podían incluirse en el parte de *Todo en orden* a la hora de inspección prevista.

Decidimos mandar una delegación a la comandancia. Nadie pensó que el parte de *Todo en orden*, que era habitual con el anterior comandante del campo, tal vez podía resultarle indiferente al actual o incluso no lo quería. Nadie pensó que el nuevo comandante quizás era de índole muy distinta a la de su predecesor. Nuestros tres delegados se pusieron en camino.

Regresaron al cabo de unos minutos y, a partir de lo que fueron contando y de lo que irían añadiendo en ocasiones posteriores, puedo reconstruirle una imagen bastante precisa de la entrevista.

Empezó no sin esperanzas: la delegación fue recibida de inmediato y Wagenseil les preguntó sin rodeos qué deseaban.

Como jefe y portavoz de la delegación actuaba el viejo profesor Rosenthal, un venerable señor de cabellos blancos y, antaño, uno de los cirujanos más conocidos de Colonia. Estaba bien considerado entre los anteriores administradores del campo y, con el tiempo, ya había intervenido con éxito en algunas causas menores en favor de los prisioneros. A la pregunta de Wagenseil sobre qué «deseaba» la delegación, se adelantó, inclinó primero la cabeza, luego se irguió tanto como pudo y, con su voz tranquila, humilde, nunca belicosa, explicó que, por supuesto, los internos judíos no «deseaban» nada, sino que iban a formular una petición.

—¿Cuál? —preguntó Wagenseil ladeando ligeramente la cabeza.

Le pedían al señor comandante del campo que se convenciera de que en el barracón que les había sido asignado era imposible alojar a ochenta hombres y le pedían que a los veinte sobrantes les dieran sitio en otro barracón.

Que si aquello era todo, preguntó Wagenseil.

Sí, todo.

Acto seguido, Wagenseil se levantó, salió lentamente de detrás de su escritorio y se plantó delante de los tres, siempre con la cabeza ligeramente ladeada. Luego, sin decir palabra, se sacó la pesada fusta de cuero del cinto y golpeó dos veces a los tres en la cara, un azote en cada mejilla, sin prisas, sin excitarse, casi ensimismado. Y casi ensimismada sonó también su pregunta:

—¿Siguen pensando que el barracón es demasiado pequeño?

Nadie contestó.

—Respuesta —dijo Wagenseil quedamente.

—Sí —dijo el viejo profesor Rosenthal. Tenía el rostro enrojecido, tan enrojecido que apenas se le veían los verdugones de los azotes en las mejillas, y en esa pequeña palabrita, «sí», pudo oírse el temblor de su voz.

Wagenseil, después de un escueto gesto de asombro, volvió a golpearle dos veces en la cara y luego dijo:

–Habrá sitio de sobra en su barracón. Se lo prometo. Retírense.

Ese fue el relato de nuestra delegación. Y, unos días después, el viejo profesor Rosenthal ya no estaba vivo. Se había suicidado.

Le diré que el asunto no acabó con ese único suicidio. También le diré que fueron realmente suicidios y no simples notificaciones oficiales de suicidio. Wagenseil se cuidaba y se ocupaba de que sus víctimas asestaran el último golpe. Y creo saber que detrás de esa funesta actitud puntillosa se escondía una convicción, una convicción descabellada y un placer descabellado en comprobar... Pero no quiero anticiparme.

Ya he mencionado que una de las artimañas peculiares de Wagenseil consistía en desalentar todo sentimiento de solidaridad. También lo consiguió con la implantación del barracón de los judíos; en cierto modo, de propina. Antes estábamos repartidos con los demás internos y nos trataban igual que a ellos. Ahora formábamos un grupo especial, ahora nos trataban de otra manera, nos trataban infinitamente peor... Y tendrían que haber sido ángeles, los otros, ángeles y no personas, si no se hubieran alegrado en alguna que otra ocasión de no pertenecer al barracón de los judíos. Y no puedo reprochárselo. Porque yo mismo presencié que Wagenseil provocaba efectos similares también entre nosotros con su técnica de selección. Cuando aparecía por nuestro lugar de trabajo para llevarse a una víctima, cuando nos poníamos firmes al oír la orden enérgica del capataz y, luego, cuando pasaba revista a nuestras filas con la cabeza ligeramente ladeada, y sus ojos azul claro paseaban inexpresivos por los semblantes contraídos, y el silencio era tal que a cada paso que daba se oía la pesada fusta que llevaba colgada del cinto tocar contra la caña de la bota, toc-toc-toc, y luego, de repente, con un ligero mo-

vimiento de cabeza o con un escueto movimiento de mano, señalaba a alguien al que quería llevarse... Entonces también ocurría entre nosotros, en medio de todo el espanto, en medio de todo aquel rechinar de dientes por la impotencia, en medio de toda la compasión desesperada, se escapaba un ligero suspiro porque le había tocado a aquel, y eso significaba: a ningún otro. Eso significaba: tú, no yo.

Al pobre profesor Rosenthal le tocó ser el primero, y al principio no supimos *qué* le había tocado realmente. Empezamos a sospecharlo cuando no volvió al barracón al atardecer y por la noche oímos sus gritos de dolor desde nuestro encierro. Pero seguíamos sin saberlo. Luego, cuando al día siguiente continuó desaparecido y volvimos a oírlo gritar de noche, y cuando, el tercer día, se comunicó su suicidio, entonces... lo supimos todo.

No, no es verdad. Entonces tampoco lo supimos «todo». Aún nos resistíamos. No queríamos saber nada más aparte de que el viejo profesor Rosenthal estaba muerto.

Me acuerdo perfectamente de aquel atardecer, el primer atardecer después de la primera muerte. Mis recuerdos más amargos de Heidenburg están siempre asociados a noches y atardeceres. Aquel atardecer es uno de ellos. El barracón parecía más estrecho que nunca, peor ventilado y, aun así, con corriente de aire. Y todo lo que se habló... fue extraño: he dicho que me acuerdo «perfectamente» y no sé de qué se habló exactamente ni quién lo dijo. Probablemente fueron los mismos de siempre los que tomaron la palabra. Entre nosotros había optimistas y había alarmistas, había miedosos y prudentes, había fantasiosos del horror y fantasiosos de la esperanza... Y a veces se expresaban de manera tan opuesta que cabía dudar de que unos y otros se encontraran realmente en la misma situación. Pero aquel atardecer se borraron todas las diferencias, se difuminaron en el crepúsculo y desaparecieron completamente cuando se apagaron las luces –por cierto, en nuestro caso una hora antes que en los demás barracones; a las ocho venía el cen-

tinela: «Barracón de los judíos, ¡apaguen la luz!»—, cuando se hizo oscuro... Sí, esa oscuridad es lo que recuerdo perfectamente. Era una oscuridad trémula, permeable... como si se hubiera espantado con nuestro sufrimiento y nuestros miedos... Se percibían temblores y murmuraciones aquí y allá... Intente imaginarse el aspecto de nuestro barracón: solo había literas para cincuenta hombres, que se iban turnando, y los demás se acurrucaban y se sentaban con las rodillas recogidas apoyando la espalda unos contra otros... Y así estábamos, acurrucados, sentados o tumbados en la oscuridad, tan apretujados que apenas podíamos movernos... Pero, aun así, teníamos la sensación de estar en continuo movimiento... Era irreal y fantasmagórico... aquel fluir entremezclándose de pena y miseria y miedo... aquellas lágrimas impotentes e insostenibles por el anciano muerto... aquel interpretar y conjurar, y siempre el miedo, un gran miedo... y aquella miserable búsqueda convulsiva de algo que pareciera un punto luminoso... ¡Y qué no parecería una luz en esa oscuridad!

Y entonces llegó, vagando como un fantasma extraviado, un fuego fatuo, no sé de dónde ni de quién. Solo sé que todos lo vieron, todos al mismo tiempo y nadie se atrevió a agarrarlo... porque a lo mejor se desvanecía... o tal vez porque era demasiado lastimoso y porque nos avergonzábamos de él, de ese espectro de esperanza, del consuelo de profanar un cadáver... Pero alguien lo había pronunciado ya, y otro y aún un tercero: Que quizás solo iba con él, con el profesor, porque dirigía la delegación y porque había hablado y contestado... contestado cuando debería haber callado... Aquel «sí»... Con eso era con lo que había provocado y desafiado al lobo... Sin aquel «sí», tal vez seguiría con vida, el pobre, el querido, el viejo muerto... Ha muerto por todos nosotros, nosotros lo hemos lanzado a la muerte, sabe Dios a qué muerte dolorosa... No deberíamos haberlo enviado, no deberíamos haber enviado esa delegación...

No deberíamos haber enviado esa delegación: sí, eso dijo uno, y algunos lo reprimieron antes de interiorizar *lo que* decían. Porque los dos que habían acompañado al viejo estaban con nosotros y oyeron cómo nos poníamos de acuerdo no solo sobre el muerto, también sobre ellos, los vivos, habíamos hecho nuestras cuentas a *su* costa, sí, señor, estábamos dispuestos a contar con su muerte, sí, señor, los habíamos condenado a muerte, y ellos estaban con nosotros y lo oyeron. Wagenseil podía estar contento. La que había armado ya no tenía vuelta atrás, nunca más.

Ni siquiera porque la siguiente vez no les tocó a ninguno de esos dos. Pocos días después, le tocó a otro, a un hombrillo inofensivo de Westfalia que antes trabajaba en una destilería, Simón, a él le tocó, y nadie supo por qué precisamente a él. Nadie sabía qué sistema seguía Wagenseil en la elección; a no ser que se hubiera equivocado y hubiera confundido a Simón con un miembro de la delegación.

Después de la muerte de Simón, cuando le tocó al tercero y volvía a ser otro distinto de aquellos dos, entonces nos dimos cuenta de que el sistema de Wagenseil se basaba en la arbitrariedad y el absurdo, en que podía tocarle a cualquiera. No hacía falta haber formado parte de una delegación. No hacía falta haber infringido el reglamento. No hacía falta ser culpable de nada. Bastaba con pertenecer al barracón de los judíos.

Entretanto, también nos habíamos formado una idea aproximada del procedimiento que Wagenseil aplicaba a sus víctimas. Unos cuantos efectivos del campo, miembros de la SA, se lo habían contado a los otros prisioneros y, luego, ellos nos lo explicaron a nosotros. Es posible que en esa transmisión rápida y peligrosa se entendieran mal algunas cosas y se tergiversaran otras. Pero ¿vendría de los «detalles»? En cualquier caso, nos enteramos como mucho de la mitad, es decir, de lo que los ayudantes de Wagenseil divulgaron. De lo que ocurría cuando Wagenseil se ocupaba a solas de la víctima no nos enteramos. Pero creo, no, *lo sé*;